

Fray Luis de León, *De los nombres de Cristo*,

ed. Javier San José Lera,

Madrid, Real Academia Española, 2023, 1030 pp.

LUIS GÓMEZ CANSECO Y MATEO GÓMEZ LÓPEZ

Universidad de Huelva

canseco@uhu.es

<https://orcid.org/0000-0002-6699-3813>

Será verdad que quince años no es nada, pues nuestro don Francisco Rico y Gonzalo Pontón, como responsables de la colección Biblioteca Clásica de la Real Academia Española, han decidido poner en suerte a este bravo morlaco luisiano y animar al maestro Javier San José Lera a que recupere los trastos y vuelva a entrar en el ruedo para lidiarlo. Y créame que no es faena menor. Pocas cosas hay tan acedas e ingratas para el que estudia como volver sobre lo ya estudiado para inventarse a sí mismo, indagar en los errores propios y repensar lo dicho. De ahí el valor extraordinario que encierra esta nueva edición de *De los nombres de Cristo* de fray Luis de León, que reescribe y reformula la publicada en el año 2008 por el Centro para la Edición de los Clásicos Españoles y Galaxia Gutenberg. Como mero indicio de la extraordinaria e ingente tarea que el profesor San José se ha

impuesto baste decir que aquella edición tenía ochocientas treinta y seis páginas y esta nueva y nada menos que mil treinta; y nada hay de relleno arbitrario en esas casi doscientas páginas que separan a ambos libros.

La nueva edición recoge todo de lo mucho bueno que había en aquella, lo mejora, si cabe, y lo multiplica. De esta manera, filólogos y lectores comunes tienen sobre la mesa un texto esencial de la literatura áurea editado de manera impecable. El asunto tiene su envidia, porque fray Luis mantuvo un empeño firme durante años a la hora de revisar, corregir y perfilar la escritura de este libro, tal como reflejan las tres ediciones que de él publicó a lo largo de su vida. Han sido estas el punto de partida inexcusable para constituir el texto que el profesor San José Lera nos ofrece: la que publicó como un primer esbozo Juan Fernández en 1583;

la primera edición completa, de 1585, estampada por los herederos de Matias Gast; Y la última versión cuidada al detalle por el propio autor y que salió de las prensas de Guillermo Foquel el año de 1587. Tras la muerte del agustino, en 1595, todavía sus hermanos de orden encargaron una nueva edición al primero de estos impresores, Juan Fernández, que incluía un nombre ausente en todas las anteriores, el de *Cordero*. Ese esmerado ejercicio de estilo queda perfectamente en el aparato crítico, donde el lector atento podrá comprobar el proceso trabajoso de escritura que fray Luis siguió hasta dar por rematada su tarea.

El editor ha tenido además la inteligencia de revisar puntualmente todas las ediciones relevantes que siguieron en el tiempo, desde la que Antonia Ramírez sacó en 1603 hasta la más moderna que la editorial Cátedra encargó al profesor Cristóbal Cuevas y que salió en 1977. Ese aparato, donde se despliega toda la labor que ha conducido a la constitución del texto, viene acompañado de reflexiones que justifican las decisiones del editor y analizan la lima realizada por el autor en su propio texto. Merece la pena estudiarlo con atención filológica junto con «Historia del texto» y los «Criterios de edición». Y aun queda, como parte complementaria de ese texto —que es el alma verdadera de este libro y seña de identidad de la colección que lo acoge—, una concienzuda anotación precisa y sensata de todo aquello

que un lector del siglo XXI precisa para comprender en su justa medida el discurso luisiano en torno a los nombres de Cristo. Con la edición de facilitar la tarea y distinguir entre la lectura y la erudición, las notas vienen atinadamente separadas entre las que van al pie, para su uso inmediato, y las que se trasladan a un anexo de «Notas complementarias» que se traslada al final del libro.

En la primera de ellas se analiza no solo la biografía de fray Luis de León, sino el entorno ideológico, religioso y cultural que condujo a formación intelectual y a la escritura del libro, como fruto granado de su pensamiento. El segundo capítulo, «Género o géneros», se detiene en la cuestión del diálogo, en su disposición espacial y temporal, la caracterización de los personajes y en la importancia decisiva que tiene en la trama «un papel escrito y no muy grande» que Sabino, uno de los interlocutores, trae consigo y da lugar al intercambio con Marcelo y Juliano. Junto a ese anclaje en un género tan característicamente renacentista, se apuntan las derivas que la obra tiene hacia la exégesis bíblica y los tratados de teología cristológica. El concepto de *inventio* está en el eje de la tercera parte del estudio, consagrada a examinar la tradición en la que la obra se enmarca, las fuentes de los que se sirvió fue Luis y las teorías sobre los nombres de Cristo de las que parte, hasta llegar a una solución en la que se entrecruzan de manera ecléctica la escolástica, el

neoplatonismo y el hebraísmo. El cuarto apartado explica la muy cuidada y simétrica disposición de *De los nombres de Cristo*, en la que diversos hilos se entretajan de un nombre de Cristo a otro para unirse finalmente en el nombre de *Jesús*, como resultado de un proceso de ascensión teológica. En el quinto capítulo, el profesor San José trata muy esmeradamente de un asunto esencial para fray Luis, como es el de la *elocutio*. No en vano el agustino hizo un enorme esfuerzo de reescritura, al que ya nos hemos referido. Le movía la voluntad de reflejar en su escritura el orden armónico del universo por medio de diversos procedimientos retóricos que resultan esenciales para calibrar la importancia que la obra tuvo a la hora de convertir el castellano en una lengua adecuada para la transmisión de la más alta cultura. Más de treinta páginas se consagran en la sexta parte a revisar las opiniones sobre *De los nombres de Cristo* y la trayectoria que ha seguido entre críticos y estudiosos desde finales del siglo XVI hasta el siglo XXI. Tras la ya mencionada «Historia del texto» y los muy detallados «Criterios de edición» se ofrecen varios útiles anejos, como un índice de las notas u otro, por completo pertinente, de los lugares que fray Luis tomó de la Sagrada Escritura.

En un alarde de inteligencia y generosidad filológica, el profesor San José Lera ha retomado una tarea que probablemente había dado por completada años

atrás para ofrecérsela significativamente perfilada en todo lo que ha considerado conveniente. Si el resultado original ya era extraordinario, el renovado resulta deslumbrante. Con ello la Biblioteca Clásica de la Real Academia Española pone una pieza más —y no de las menores— en ese macizo edificio que están construyendo para conformar un canon de la literatura española desde la Edad Media al siglo XIX, fijarlo y ofrecérselo a las futuras generaciones como una parte esencial de nuestro patrimonio.